

sienta el autor a lo largo de esta obra y también es discutible la clasificación que de la vida y doctrina del filósofo alemán realiza; es más, el lector echará de menos una sistematización más profunda de las ideas y de los trazos que determinan su evolución; pero es cierto que la tesis mantenida por Lannoy aporta un punto de vista francamente aprovechable a un estudio total de la figura de Nietzsche.

ISMAEL PEIDRÓ PASTOR

LEPP, Ignace: *La Philosophie chrétienne de l'existence*. Editions Montaigne, Aubier-París, 1953; 186 págs.

Es propósito del autor, al desarrollar esta obra, dar a conocer a sus lectores una idea tan exacta como posible del método fenomenológico, del cual se sirven todos los existencialistas, ya sean ateos o cristianos. Interesa aquí la filosofía cristiana del hombre, mas no el existencialismo, cuya palabra, por el sufijo *ismo*, parece inducir a un sistema de posiciones doctrinales, decididas. El autor pretende con su obra lograr una síntesis tan completa como posible de la filosofía cristiana de la existencia.

Para construirla distingue fundamentalmente la filosofía oriental de la occidental. La primera es de raíz netamente religiosa, más cercana al yo, más concedora de lo psicológico. La segunda es más concedora del mundo físico y exterior. Cree encontrar en este carácter la raíz de nuestra civilización, tan inhumana y materialista.

No es que no haya habido pensadores idealistas en nuestra filosofía de todos los tiempos: pero es lo cierto que el idealismo se ha opuesto al materialismo en todos ellos. La superación de uno y de otro la representa la obra de Kierkegaard, aunque éste no se propusiese la elaboración de un nuevo sistema filosófico. Seguirán después Martin Heidegger, para quien la existencia humana es el estado de una absoluta *derelictio*. En Francia, Andrés Malraux verá la existencia humana como una inmensa tragedia. Pero es Jean-Paul Sartre quien, con gran fuerza dialéctica, sirviéndose hábilmente del análisis fenomenológico y psicoanalítico y de las ideas de Heidegger, ha analizado el comportamiento humano y los diversos fenómenos de la conciencia.

La existencia es algo radicalmente distinto del ser-cosa, y no se opone a la esencia. Hay en ella un modo permanente que por encima de la multiplicidad reduce todos los fenómenos a la unidad. La existencia —piensa Lepp—, precisamente porque no es una, ni armoniosa, sino múltiple y desgarrada, no puede ser objeto de definición, ni de conocimiento científico.

El análisis fenomenológico más riguroso nos advierte que el plano fundamental del hombre es la realización de su propósito. Su desarrollo existencial, como algo definitivo, sino como un momento de la dialéctica existencial, capaz de ser seguido por un momento mejor.

El mérito de la filosofía cristiana de la existencia es haber precisado el problema de la alteridad. El existencialismo ateo ve en el «otro» la delimitación del «yo», el «no-yo». Cabe la comunión con los demás hombres, no sobre el plano objetivo —advirtió Lepp—, sino sobre el plano subjetivo. No es fácil esta comunión. La lucha contra el egoísmo es *conditio sine qua non*; pero es posible mediante la amistad y el amor.

Tal es, a grandes rasgos, el contenido de la obra que, a nuestro juicio, llena una verdadera necesidad: informar sobre el existencialismo y sus posibilidades dentro de la religión cristiana. No se puede exigir demasiado a esta obra de síntesis y vulgarización. Verdaderamente acertado se muestra Ignacio Lepp al hacer esa distinción fundamental entre la filosofía de Occidente y la de Oriente, aunque observemos la falta de la síntesis de los caracteres de una y otra capaz de valorarla y de servir de punto de partida para el desarrollo posterior de su obra. Cabría haber insistido más y mejor sobre estos puntos: cómo nuestro desarrollo existencial significa una conquista continua del espíritu sobre la materia (sobre todo con relación a las virtudes humanas); el papel de la libertad en esa conquista; la descripción del modo existencial de transfigurar nuestro mundo exterior; la función del entusiasmo y la fe en esa difícil conquista del hombre sobre la materia y la técnica... Asimismo, consideramos temeraria su afirmación de que la comunión sólo cabe en el plano subjetivo. ¿Acaso no es la idea directriz de la comunión un plano objetivo? ¿No es necesaria primero la comunión en la idea?

ISMAEL PEIDRÓ PASTOR

VERNIÈRE, Paul: *Spinoza et la pensée française avant la Révolution*. París, Presses Universitaires de France, 1954; dos tomos, 324 y 773 págs. respectivamente.

La filosofía de Spinoza constituye una rareza en el proceso de la filosofía occidental. Que sea una rareza no quiere decir que no sea producto de Occidente en cuanto Occidente determina y define un área cultural. El problema está en precisar las notas de tal rareza. ¿Por qué es rara la metafísica de Spinoza respecto de la tradición filosófica occidental? Para contestar a esta pregunta no hay camino mejor que el de averiguar en qué consiste la rareza que a la metafísica de Spinoza hemos atribuido. A nuestro juicio, lo extraño y en cierto modo ajeno a la historia de la filosofía de Occidente que caracteriza el pensamiento filosófico de Benito Spinoza, radica en su *perfección*. La metafísica de Spinoza es perfecta, entendiendo esta palabra en el sentido de lo que empieza y acaba en sí mismo, es decir, lo que vuelve y se ensimisma cerrando con la última respuesta la primera pregunta. Desde este punto de vista, *perfección* se opone a dialéctica y, por consiguiente, lo perfecto es ajeno a la cul-